



VOLUMEN 1 NÚMERO 1 2013

Revista Internacional del

Libro, Digitalización y Bibliotecas

El tránsito del rollo al códice

Un viaje a los orígenes del 'codex' y de nuestra
concepción material del libro

JOSÉ LUIS GONZALO SÁNCHEZ-MOLERO

El tránsito del rollo al códice: un viaje a los orígenes del *codex* y de nuestra concepción material del libro

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero, Universidad Complutense de Madrid, España

Resumen: Entre los siglos I a.C. y el I. d.C. aparece un nuevo formato: el “*liber quadratus*”. Hay varias tesis sobre su origen, pero ¿cómo fue realmente el proceso? Se analiza esta cuestión a través de varias fuentes que nos ayudan a comprender cómo se produjo: literarias, artísticas, arqueológicas y antropológicas. Las dos primeras fuentes ofrecen información no material (por razones climáticas no disponemos de “*pugillares*” romanos o de textos cristianos primitivos en Europa); las otras dos fuentes, en cambio, se refieren específicamente a los libros coptos y etíopes, unos conservados gracias al clima desértico, los otros, conservados como auténticos fósiles culturales en el siglo XIX.

Palabras clave: *codicología, historia del libro, encuadernación copta, papirología*

Abstract: Between centuries BC I and I AC there is a new format: the “*liber quadratus*”. There are several theses about its origin, but how the process really was? We analyze this issue through various sources that help us understand how it came about: literary, artistic, archaeological and anthropological. The first two sources provide no information material (for climatic reasons *pugillares* not have Roman or early Christian texts in Europe), the other two sources, however, specifically address books Copts and Ethiopians, some preserved by the desert climate the other, authentic fossils preserved as cultural in the nineteenth century.

Keywords: *Codicology, History of the Book, Coptic Binding, Papyrology*

Introducción

Cuando se pasea por la ciudad de Roma, tras atravesar las ruinas del antiguo Foro de Trajano el visitante se encuentra, al final del trayecto, con la única edificación que ha permanecido en pie de aquel conjunto urbano: se trata de la Columna Trajana. Este monumento terminó de erigirse en el año 144, coronado entonces por la figura del propio emperador, y se unió desde entonces a la colección de obeliscos egipcios que ya desde décadas atrás simbolizaban en Roma la gloriosa historia de la Urbe. La Columna Trajana, sin embargo, no había sido concebida sólo como un símbolo de su poder militar —a pesar de los bajorrelieves que decoraban su superficie exterior—, sino (y sobre todo) de su poder cultural. Para el espectador actual pasa desapercibida esta cuestión, e incluso el extraordinario significado simbólico que el monumento contiene, pero si recordamos que la columna estaba situada en medio de la Biblioteca Ulpiana, fundada por Trajano, quedando a un lado la sala Griega (con manuscritos en este idioma) y al otro lado, la Latina, la columna adquiere toda su dimensión: se trata de una enorme figuración, tanto arquitectónica como escultórica, de un rollo de papiro o pergamino, denominado por entonces *kilindros*, en griego, o *volumen* en latín. Estamos ante un monumento al libro, al menos en la forma con que este artefacto cultural era conocido por entonces en la mayor parte del mundo.



No en vano, incluso es muy posible que la detallada descripción esculpida sobre la Columna Trajana de los sucesos acaecidos en la campaña emprendida por el emperador hispano-romano para la conquista de Dacia reproduzca las imágenes de un rollo ilustrado, hoy perdido. Por fuentes literarias, e incluso gracias al *Papiro de Artemidoro*, sabemos de la existencia de rollos romanos tan profusamente ilustrados como los *Libros de los Muertos* en Egipto. No se han conservado ejemplares de aquella misma época, pero sí una pieza posterior, de tan parecida factura y temática, que la existencia de un modelo anterior parece plausible. Nos referimos al *Rotulus Vaticanus*, fechado en el siglo V d.C., y que contiene una versión ilustrada y en griego de las hazañas bíblicas de Josué. Copiado e iluminado probablemente en Constantinopla, este “rotulus” era ya un libro arcaico, una obra de lujo destinada casi en exclusiva para el deleite de una élite política bizantina y cristiana, pero que se proclamaba como la heredera de la grandeza imperial de Roma. Del éxito de los bajorrelieves de la columna es un buen reflejo la serie de monedas acuñadas en época de Trajano, que muestran en el reverso la columna (**fig. 1**), e incluso el reverso de este sestercio (acuñado entre los años 114-116), que reproduce una escena de aclamación al monarca muy semejante a la que podemos encontrar en los citados bajorrelieves (**fig.2**).



Fig. 1



Fig. 2

Para entonces, si damos por válidos los datos aportados por Robert Marichal, en el siglo I más del 99% de los manuscritos griegos conservados, y un 83% de los latinos, tienen formato rollo; en el siglo V, sin embargo, ya son sólo un 4%, en el caso de los griegos, y un 0% en el de los latinos. Cien años más tarde es posible que en la Cristiandad ya solo subsistiera el formato rollo para la elaboración de obras musicales, como aquel que Romanos el Mélodo se tragara en sueños, lo que, sin duda, facilitó el milagro; o entre las comunidades hebreas de la Diáspora, donde por entonces se estableció la costumbre de seguir copiando la *Torah*, la *Megillah* de Esther y las *tefillin* en rollos. En el primer caso había una razón práctica, los rollos eran muy útiles para los miembros de los coros litúrgicos, quienes podían portar así pequeñas partituras con piezas seleccionadas, incluso en las procesiones. En el segundo caso, los motivos eran de otro tipo. Mantener el formato rollo para reproducir dichas obras constituía un símbolo de identidad religiosa y nacional, que todavía hoy se conserva.

Siguiendo un símil darwiniano, tan profundo cambio cultural puede compararse con otros acaecidos en la evolución de las especies: en el siglo II d. C la Columna Trajana representaba el dominio sobre Tierra del rollo, un formato al que, como a los dinosaurios en el Jurásico, nada parecía capaz de poder amenazar su existencia. Sin embargo, ya entonces una nueva “especie” había iniciado su andadura evolutiva: los códices. Si en Paleontología se estudia cómo a los dinosaurios les sucedieron los mamíferos, mejor adaptados a los bruscos cambios naturales, en Bibliología un tránsito semejante se produjo entre rollos y códices. En menos de dos siglos (y sin necesidad de un cataclismo) en el espacio mediterráneo los viejos *volumina*, con tres mil años de historia, fueron sustituidos en un combate incruento por nuevos formatos, denominados de manera consecutiva *pugilar*, *liber quadratus* y *codex*. Hacia el siglo V, la transmisión del conocimiento ya había sido confiada en su práctica totalidad al nuevo formato.

Desde hace casi dos mil años no hemos conocido otro forma para el libro. La transición acaecida en los primeros siglos de nuestra era ha determinado, en consecuencia, nuestra concepción no sólo del “artefacto libro”, sino también de la escritura, de la lectura y, en definitiva, de la cultura. Ligadas estas concepciones a un objeto rectangular, compuesto en su interior por series de cuadernillos plegados y cosidos, durante los últimos veinte siglos debe reconocerse que las innovaciones técnicas no han producido grandes cambios en el aspecto exterior ni en la estructura interna de los libros. La evolución del formato códice desde el *codex* medieval al libro industrial, pasando por los incunables, no ha alterado sus fundamentos. Hasta hoy, en que la aparición de un nuevo formato, el libro digital, ha introducido una gran incertidumbre: ¿están los libros de papel encaminados hacia su “extinción”? En este nuevo contexto, quizás sea necesario volver la mirada hacia atrás, en el tiempo, para buscar en la transición previa del rollo al códice elementos que nos permitan evaluar y planificar la nueva transición a la que asistimos. Y es que los períodos de transición en la historia del libro son determinantes en la evolución y desarrollo de nuestra transmisión cultural. Somos seres culturales, receptores, creadores y transmisores de una amplia panoplia de objetos materiales, intelectuales y espirituales. Estos nos proporcionan supervivencia, identidad y trascendencia, beneficios que, sin duda, constituyen la razón de que seamos especialmente sensibles a los grandes cambios que, de manera inevitable, desde que fuera inventada la escritura, se han ido produciendo en los canales de difusión y preservación de la cultura. Por todo ello somos especialmente sensibles hacia cualquier tipo de cambio que se produzca en el medio de comunicación de la cultura, en los soportes de ésta y, finalmente, en el acceso a la información que contiene toda comunicación cultural. Les invito, pues, a un viaje en el tiempo, a los orígenes del códice y, en consecuencia, hacia el nacimiento de nuestra concepción material del libro. Un periplo que nos llevará desde las orillas de Nilo a las del Tíber, pero también a las del río *Amarillo* en China hace más de dos milenios, y que nos conducirá de nuevo, y de manera sorprendente casi hasta las fuentes del Nilo, en Etiopía, ya en época actual.

El rollo, un formato milenario y universal

Para comprender las causas que motivaron la sustitución de los *volumina* por los *códices* se hace preciso describir, aunque sea someramente, las características de los rollos, pues en gran parte sus defectos fueran la razón de su final. Esto no fue óbice para que durante tres mil años constituyeran el formato predominante para la escritura definitiva. Su origen se encuentra en Egipto, donde la temprana adopción del papiro como soporte escriptorio condujo de manera prácticamente natural al enrollado de las páginas. Casi al mismo tiempo se desarrolló en Mesopotamia otro formato, el de las tablillas de arcilla. Sin embargo, finalmente el rollo de papiro se impuso en todo el ámbito mediterráneo, especialmente gracias a su adopción por Grecia, primero, los estados helenísticos orientales después y, finalmente, por Roma. El papiro tenía la ventaja de que era un soporte más ligero que la arcilla, si bien no era capaz de competir en la capacidad de almacenar contenidos. Las tablillas de arcilla compensaban su problema de peso con una escritura a veces minúscula, que compactaba evidentemente la información escrita en ellas, y con la posibilidad de escribir en sus dos caras. La fragilidad del papiro y el formato rollo impedían esta mejor utilización del espacio, de manera que sólo se escribía por un lado de las hojas. Esto suponía desaprovechar la mitad del espacio posible. En consecuencia, la copia y difusión un tratado de cierta extensión no podía confiarse a un solo rollo, sino que debía hacerse en varios. El término "*librum-i*" no aludía en época romana al significado actual, sino que solía utilizarse en plural y para referirse a los capítulos de una *opera* u obra. Ésta es la razón de que los títulos de los autores romanos sigan esta tipología: "*Epistularum libri decem*", de Plinio, o el de *De Rethorica libri tres*, de Cicerón, o el *Ab urbe condita libri viginti* de Tito Livio. Parecía lógico que los copistas se atuvieran a estas divisiones internas de las obras que copiaban, haciendo coincidir la copia de cada uno de los "*libri*" con un "*volumina*" de 20 o treinta páginas como máximo. Esto significaba que los títulos citados de Plinio, Cicerón o Tito Livio podían venderse en diez, veinte o treinta rollos. De este modo, los libros se leían no solo en voz alta, debido a la pervivencia de las formas de transmisión oral en la época y a la carencia habitual de signos de puntuación en la escritura, sino de manera fragmentada. Esta fragmentación no se limitaba a la ya citada división en varios *volumina* de las obras, sino que se extendía al interior de cada capítulo, pues el formato rollo dificultaba la localización de los pasajes buscados. Ésta última parece ser la razón de que muchos autores de la antigüedad clásica citen erróneamente a otros autores, pues lo hacían de memoria para evitar buscar el texto exacto.

Pero además, el libro escrito en formato rollo adolecía de un problema fundamental de portabilidad, y esto en dos ámbitos fundamentales. Por un lado, era difícil su lectura, al tener que disponer el lector de sus dos manos para desenrollar y enrollar al mismo tiempo, lo que exigía un espacio físico o un mobiliario específico para tal facilitar tal labor manual. Y por otro lado, no era fácil viajar con ellos. Los rollos se guardaban, dependiendo del rango de sus dueños, en armarios, donde se depositaban horizontalmente en los estantes, o en *capsae*, cajas circulares donde se colocaba de manera vertical. Estas *capsae*, dotadas de asas o cintas, eran el recipiente habitual para transportar los libros, pero si se deseaba emprender viaje con tres o cuatro obras, esto requería al menos llevar dos de estos recipientes. No era un cómodo equipaje para nadie, excepto para aquellos que podían permitirse viajar con un séquito. Asimismo, los rollos de papiros tenían una obsolescencia natural muy marcada. Su material vegetal los hacía ser muy frágiles. Y no sólo con relación al uso y al desgaste físico, dos de las causas de que con facilidad se quebraran las páginas, sino también con respecto a la humedad y a la agresión biológica de insectos. Puede considerarse que tras 30 años de uso más o menos continuado, un rollo de papiro quedaba inservible y se debía adquirir otro. Por último, el papiro (excepto el de peor calidad) no servía para hacer borradores. Era demasiado caro para emplearlo en estos menesteres, y de haber usado el barato, una vez que la tinta se hubiera secado, sólo podría borrarse raspando; esto habría inutilizado definitivamente el soporte vegetal para volver a escribir encima. Para la escritura provisional se empleaban tablas de madera o tablillas enceradas, baratas y reutilizables.

A pesar de estos inconvenientes en el manejo, la lectura, la portabilidad, la conservación y el almacenamiento de contenidos, entre los siglos IV a.C. y III d.C. el papiro fue el soporte predominante. Cabe preguntarse el porqué. En primer lugar, debe tenerse en cuenta que tanto los estados helenísticos como el Imperio Romano, disfrutaron de altas tasas de alfabetización. Esto produjo una constante demanda de libros, tanto científicos como de entretenimiento. Para satisfacer esta demanda la producción en Egipto del papiro se “industrializó” de tal manera que se hizo posible ofrecer una gran variedad de tipos de hojas de papiro, adaptados a diferentes calidades y usos. Plinio y san Isidoro de Sevilla recogen en sus tratados las diferencias existentes entre las distintas *chartae* existentes en el mercado, desde la *charta augusta* a la *emporética*. Este papiro, a precios cada vez más razonables, era adquirido a continuación por una activísima red de *bibliopolae* (grandes editores) y de *librarii* (copistas locales), que obtenía amplios beneficios tanto de la copia de los libros, como de su comercialización. Y este negocio “editorial”, a su vez, parecía asegurado tanto por la constante demanda, en un “mercado único” tan amplio como el romano, como por la ya citada obsolescencia natural del papiro. Se trataba de un circuito comercial perfectamente coordinado y ensamblado. No hubo, pues, necesidad alguna de buscar otros soportes y formatos. Incluso la introducción del pergamino, surgida al parecer entre las poblaciones de vida pastoril en Palestina y Siria, como una alternativa barata al papiro para copiar contratos y textos breves, y a pesar de la leyenda del boicot a la biblioteca de Pérgamo, por Tolomeo III, no fue nunca una alternativa real al papiro en época romana. En comparación con el papiro, su proceso de fabricación lo hacía poco competitivo. El rollo parecía así destinado en el siglo I d.C. a continuar su milenaria trayectoria.

Milenaria, y universal. En el análisis de la transición del rollo al código suele olvidarse que de manera paralela, aunque independiente, el mismo proceso se estaba desarrollando al otro lado del planeta. Nos referimos a China, la otra gran civilización de la época junto con la romana. Como es sabido, hubo libros en formato rollo en China hasta el siglo IX, y después —como formatos arcaicos— perduraron hasta el siglo XIX, tanto en China como en Japón. Fue el formato predilecto para la “escritura definitiva” administrativa, política y religiosa en la civilización china clásica. El primer formato que se empleó en Extremo Oriente fue el *pothi*. Tiene su origen en la India, donde el uso de hojas alargadas de palma obligó a que los libros se construyeran enlazando estas hojas, cortadas en forma rectangular y apiladas una encima de otra, a través de uno o dos agujeros con hilos. Las páginas eran cosidas en cadena a través de agujeros que pasaban por la mitad del documento y se cubrían con dos tablas de madera o con tela para protegerlo de daños. Tanto el escribir en estos delgados soportes como la lectura de estos libros influyeron de manera decisiva en las composiciones literarias de la época. Las grandes epopeyas indias (el *Mahabharata* y el *Ramayana*) se escribieron con estrofas que deben leerse con curiosas pausas, que tienen su origen precisamente en el obligado gesto que los lectores debían hacer al pasar cada una de estas delgadas hojas que pendían de uno o dos hilos. No en vano, el término *Sutra* proviene del sánscrito *sūtra*, que significa “cuerda” o “hilo”, evidenciando el formato de origen de aquellos libros. Parece que fue precisamente a través del budismo como llegó este formato a China, donde fue denominado *fanjia zhuang*, y que fue el único método de encuadernación chino adoptado de un formato extranjero. En este país, sin embargo, las hojas de palma fueron pronto sustituidas por un material vegetal más abundante, el bambú. Más tarde, la aparición del papel permitió incrementar las dimensiones de las hojas, pero curiosamente pervivió la forma apaisada de las mismas, predominado la costumbre de leer vinculada a los libros *pothi*. En China, el uso del bambú acabaría determinando además la adopción de un nuevo formato: el rollo, es decir, al igual que en Egipto, Grecia y Roma. Las páginas de bambú, aunque cosidas entre sí al estilo *pothi*, pueden enrollarse, y esta capacidad fue rápidamente valorada por la administración imperial para conservar sus registros documentales. A partir del siglo II d.C. el bambú sería sustituido definitivamente por el papel, pero se mantuvo el formato en rollo, incluso tras la invención de la impresión tablearía o xilográfica tres o cuatro siglos más tarde. No en vano tanto la *Dharani Sutra* como la *Sutra del Diamante* (755 / 868 d.C.) se imprimieron de este modo.

Roma y la aparición del códice en el siglo I d.C.

Este predomino milenar y universal del rollo empezó a verse amenazado por un nuevo formato al producirse el cambio de era. Sabemos que entre los siglos I y III d.C. aparecen, de manera cada vez más persistente, dos términos nuevos en las fuentes escritas romanas: *pugillar* y *liber quadratus*. Ambos son considerados como los dos formatos más primitivos del códice, pero se desconoce realmente cuáles eran sus características, es decir, de qué materiales estaban hechos, cuál era la disposición interna de sus cuadernillos y, por último, cómo era su uso. No se conservan ni descripciones literarias extensas, ni restos arqueológicos relevantes, ni fuentes artísticas suficientes y claras. En especial se discute si *pugillar* y *liber quadratus* tuvieron alguna relación entre sí. Los términos, sin embargo, no son confusos: el primero hace referencia a un artefacto que se podía sostener en la mano, en el puño, y en el que se podía escribir y leer, y el segundo a un libro cuyo forma no era cilíndrica, sino cuadrada, lo que evidentemente le acerca mucho a nuestra idea del formato códice. En esta línea, el *pugillar* es definido habitualmente como una tablilla encerada de pequeño tamaño y el *liber quadratus* como un primitivo códice. En nuestra opinión, ambas definiciones son acertadas, pero al primero de los formatos debe atribuírsele gran parte de la responsabilidad en el origen del códice.

Tradicionalmente se han ofrecido varias tesis sobre el origen del *codex* en el mundo romano (las principales fuentes a este respecto son Colin y Skeat 1983, Turner, 1977). Las dos tesis más tradicionales afirman, la primera, que se creó en Egipto. Para ello se acude a una anécdota apócrifa, que asegura que fue la reina Cleopatra quien mostró a Julio César, en uno de sus encuentros, uno de estos nuevos libros. Después el dictador y cónsul romano difundió el invento en Italia. La otra tesis considera que el códice partió de una invención previa del propio César, quien ideó este formato para enviar al senado romano sus informes de la campaña de las Galias, recopilados después como sus famosos *Commentarii*. Las dos tesis más modernas, a las que han dado pie los numerosos descubrimientos arqueológicos de Hamouli, Nag-Hammadi, Vindolanda y Oxyrinchus, plantean, por una parte, que el códice constituyó una ingeniosa y útil adaptación romana de las tablillas enceradas para servir como libros de viaje, o, por otra parte, y de manera complementaria, que el códice fue impulsado por las comunidades cristianas como libros propios, al rechazar el rollo como un símbolo cultural del paganismo, tesis defendida especialmente por Roberts y Skeat.

Sin ánimo de profundizar o criticar estas teorías, en una personal evaluación de las mismas queremos partir de unos presupuestos que nos permitan un mejor discernimiento. En nuestra opinión, es posible que los primeros ensayos se iniciaran en Egipto (más allá de valoraciones sobre la autenticidad de la anécdota entre César y Cleopatra). Si tenemos en cuenta que, dentro del rico mundo cultural helenístico, la ciudad de Alejandría constituía el centro comercial del libro, parece lógico que cualquier innovación en los materiales o en la disposición interna de los mismos tuviera lugar allí. Y si vinculamos la invención del códice con las tablillas enceradas, no podemos obviar que fue en el Egipto helenístico donde se produjo una enorme variedad de tablillas, que fueron denominadas (según sus usos diferenciados), como *pinakes*, *sanides*, *deltoi*, *leukomata*... Tan amplia tipología de tablillas estaba en relación con las necesidades de satisfacer una gran demanda de escritura provisional para cartas, facturas, libros de cuentas, cuadernos escolares, borradores literarios, etc. En este contexto (siglo I a.C.), a Julio César no le fue necesario conocer a Cleopatra para idear sus "*libelli vel codicilli*" modificar la forma de sus informes al Senado. Como es sabido, los cónsules estaban obligados durante sus campañas militares a remitir informes periódicos. César, que conocía el deseo de los senadores por eclipsar su fama, concibió estos textos no como meros informes, sino como piezas de notable propaganda política, ideadas para su lectura, no tanto en el Senado, como en los foros de Roma. Para facilitar estas lecturas públicas y que los contenidos de los informes se adaptaran a un discurso más extenso, los remitía divididos en hojas cosidas entre sí. César, al parecer, pudo sustituir las tablas por hojas de pergamino o papiro. A los comentarios cesáreos, en todo caso, se les denominó

libelli en la época, o *codicilli*, sin que haya quedado claro cuál era la novedad material que representaban.

Esta hipótesis, que podemos encontrar ya en autores y humanistas del Renacimiento, enlaza con las modernas interpretaciones de Haelst y Cavallo, que defienden la existencia del *codex* como un formato tradicional latino, anterior a la adopción del rollo, procedente de Grecia. Se trataba de “códices ligneos”, polípticos de madera o de hojas de pergamino utilizados para formas de escritura más cotidiana (Van Haelst, 1989: 13-35; Capasso, 1995; Cavallo, 1975, 1998, 1973: 213-229 y 1985: 118-121). En sí, estos códices no creemos que se diferenciaron demasiado de otras formas de escritura provisional, como las tablas de madera egipcias, las tablillas enceradas hititas y griegas o los “libros de agua” chinos. La idea, por tanto, de que el helenismo cultural del círculo de los Escipiones facilitó el desplazamiento de los autóctonos códices ligneos por los rollos de papiro nos parece improbable. Consideramos como más factible que, pues sabemos que en la antigua Roma (al igual que en todo el espacio mediterráneo) se desarrollaron dos formatos: el rollo, como soporte de una escritura “definitiva”, y las *tabellae*, como el soporte empleado para los usos de una escritura “efímera”, en un determinado momento (siglos I antes y después de nuestra Era) ambos formatos se mezclaran, naciendo el código. De igual manera, entendemos que el papel del cristianismo en este proceso fue poco relevante. Por su bajo precio y su facilidad de transporte no cabe duda de que fue adoptado por las primeras comunidades cristianas para copiar sus textos sagrados, pero sólo después se le dio al código un carácter distintivo. La convivencia entre ambos formatos fue lo habitual durante los cinco primeros siglos de la nueva fe. Basta con analizar las representaciones de Cristo, de san Pablo o de los cuatro evangelistas para comprobar cómo el rollo se integra en su iconografía. Sea como fuere, lo cierto es que a fines del siglo I d.C. hallamos ya la evidencia de que el código se estaba difundiendo en la misma Roma. Se trata de la famosa carta en que Marcial indicaba a uno de sus amigos donde podía adquirir un ejemplar de sus *Epigramas*. La carta, aunque bien conocida, merece ser reproducida de nuevo en esta ocasión. Se fecha en el 85 d. C:

Tú, que deseas estar en todas partes con mis opúsculos y tenerlos por compañeros de un largo viaje, cómpralos hechos con membranas oprimidas por pequeñas tablillas. Coloca las grandes obras en los estantes, las mías caben en la mano. Y no ignores donde pueden comprarse para no tener que vagabundear por la ciudad. Si te guio lo sabrás con certeza. Pregunta por Segundo, liberto del docto Lucense, detrás de la Puerta de la Paz, en el Foro de Palacio.

Se considera que esta carta representa la más temprana descripción de un código en el mundo romano. No estamos ya ante un políptico de tablillas enceradas, o de simples tablas de madera, ni ante un *pugillar*, sino ante un libro cuyas hojas de pergamino estaban comprimidas entre dos tapas de madera. Si recordamos que *codex* procede de la palabra latina *caudex*, que significa precisamente tabla de madera, y que el pergamino, o membrana, será el soporte predominante para la elaboración de los códigos europeos hasta el siglo XIII, las dudas al respecto se desvanecen. Se trataba de un código. Otra cuestión es que sepamos a ciencia cierta cómo era el novedoso producto librario que ofrecía a la venta el citado Segundo, liberto del docto Lucense, en el Foro.

Las fuentes

Para responder a esta cuestión se hace necesario acudir un conjunto de diversas fuentes, literarias, artísticas, arqueológicas y antropológicas, que nos ayudarán a comprender cómo se produjo este proceso de transición. Las fuentes literarias y artísticas han sido exploradas con asiduidad desde el Renacimiento, y hoy podemos decir que nos ofrecen información no material. Las dos últimas fuentes, en cambio, nos proporcionan todo lo contrario, pues se refieren específicamente a los descubrimientos arqueológicos de libros coptos y a la existencia hasta el siglo XIX de unos libros de un enorme arcaísmo, los etiopes. Los primeros se han conservado

gracias al clima desértico, los segundos han sobrevivido como auténticos fósiles culturales en el siglo XIX. Hagamos una breve indagación en cada una de estas fuentes.

Las fuentes literarias han sido las más empleadas, en especial porque son muy numerosas las citas, por ejemplo, sobre *tabellae ceratae* y *pugillaria* que podemos espigar en los autores clásicos latinos. Como ya hemos dicho, estos artefactos permitían la redacción de cartas, facturas, cuadernos escolares, cuentas, actas, borradores literarios al dictado o no, etc. La cera era un material sobre el que se podía escribir y después borrar, ya que el *stylus* o el *graphei* constaba de dos extremos, uno puntiagudo, para escribir, y otro aplanado, para borrar. Además, como no era necesaria tinta, la acción de escribir se podía hacer casi sin pausas, y la cera era barata y fácilmente reutilizable, pudiéndose retirar y fundir varias veces. Empleada en las casas, en las escuelas, en los comercios, en las basílicas y en el Senado, su tamaño se adaptaba a las necesidades de su uso. Las había de gran tamaño, empleadas para transcribir los discursos en los tribunales, o de dimensiones más pequeñas, para cartas o agendas de gastos domésticos. En torno al siglo I, el uso de estas últimas tablillas se generalizó tanto, que su uso se hizo habitual en cualquier lugar, incluso en el campo, a modo de agendas. Escribe Plinio el Joven a su amigo Tácito en el año:

Te reirás y con razón. Yo, el que conoces, capturé tres jabalíes y ciertamente magníficos. “¿Tú solito?” dices “Yo solito, aunque sin apartarme en absoluto de mi desgana e inactividad. Estaba sentado junto a las redes; no tenía cerca el venablo o la lanza sino el estilo y las tablillas; meditaba alguna cosa y la anotaba para volver con las ceras llenas aun con las manos vacías. No hay por qué despreciar esta manera de estudiar; es asombroso cómo el espíritu se estimula con el ejercicio físico; los bosques y la soledad que te rodean por todas partes, y ese silencio propio de la cacería son grandes estímulos del pensamiento. Por todo ello, cuando vayas de cacería, deberás llevar contigo, según mi parecer, no sólo la panera y la botellita de vino, sino también las tablillas de cera: comprobarás que, al igual que Minerva, también Diana vaga por los montes. Adiós. (Plinio el Joven, *Cartas*, I 6).

La carta de Plinio resulta, en cierta manera, sorprendente, pues presenta como una saludable y útil novedad emplear las tablillas enceradas en el campo, a la espera de que los jabalíes estuvieran al alcance de su venablo. Da la impresión de que, hasta entonces, solo usaba estos artefactos en la ciudad. La cuestión se aclara cuando se acude al texto latino original: “*Ad retia sedebam; erat in proximo non venabulum aut lancea, sed stilus et pugillares; meditabar aliquid enotabamque, ut si manus vacuas, plenas tamen ceras reportarem*”. Plinio el Joven se refiere al más pequeño modelo de tablillas, al *pugillar*, que podía sostener en el puño o en la mano, y que, por tanto, no precisaba de una mesa para escribir sobre él. Era posible estar de pie, o sentado al tiempo que se escribían las ideas que venían a la mente de su dueño. En el Nuevo Testamento, Evangelio de Lucas, encontramos recogido otro uso del *pugillar*, aquel que Zacarías, el padre de san Juan Bautista se vio obligado a emplear desde que, por su incredulidad, fue castigado con la pérdida del habla:

Cuando llegó el tiempo en que Isabel debía ser madre, dio a luz un hijo. Al enterarse sus vecinos y parientes de la gran misericordia con que Dios la había tratado, se alegraban con ella. A los ocho días, se reunieron para circuncidar al niño, y querían llamarlo Zacarías, como su padre; pero la madre dijo: “No, debe llamarse Juan”. Ellos le decían: “No hay nadie en tu familia que lleve ese nombre”. Entonces preguntaron por señas al padre qué nombre quería que le pusieran. Éste pidió una pizarra y escribió: “Su nombre es Juan”.

El texto latino reza: “*et postulans pugillarem scripsit dicens Iohannes est nomen eius et mirati sunt universi*”. Sin duda, nos hallamos de nuevo ante una tablilla, probablemente encerada (la traducción en castellano por “pizarra” resulta excesivamente complaciente con el lector contemporáneo), pero llama la atención que al tratar sobre el nacimiento de San Juan Bautista, el erudito y biblista jerónimo fray José de Sigüenza escribiera a principios del siglo XVII: “También vino entre ellos el pugilar antiguo de los mismos hebreos, en que como nosotros en el breviario o capitulario tenían las lecciones y cosas de la Santa Escritura que se leían más frecuentemente en sus sinagogas, y, como dice el Apóstol: *per omne sabbatum*, que es decir por todos los días de la semana. Y donde también, como nosotros en los libros que llamamos de memoria, asentaban sus cosas particulares, cual fue el que pidió Zacarías, padre de San Juan Bautista, cuando por estar mudo, quiso declarar escribiendo en el pugilar el nombre que Dios le había dado, y mandado pusiese a su hijo. Llamábase pugilar, porque era de forma que cabía en el puño” (Sigüenza, 1988, p. 431).

Esta interpretación de Sigüenza ha llegado hasta la actualidad en algunos diccionarios de la lengua española: “pugilar (del lat. “*pugillar, -laris*”, tablilla para escribir) m. *Manual en que tenían los judíos las lecciones de la Biblia que se leían con más frecuencia en las sinagogas.*”. El erudito jerónimo no se equivoca al comparar el uso en época romana de estas pequeñas tablillas enceradas con el de agendas, o “libros de memoria”, pero sorprende su rápida equiparación con una tipología menor de los libros hebreos. La biblioteca de El Escorial poseía un ejemplar, que es el que motiva el largo pasaje arriba citado de Sigüenza. Sin embargo, está demostrado que estos libros surgieron en el siglo IX, entre las comunidades hebreas de Bagdad y Persia. Ahora bien, la intuición de Sigüenza no andaba demasiado errada, pues hoy sabemos de la existencia de libros miniatura, o libros amuleto, entre las comunidades cristianas más antiguas, como las excavaciones de Oxyrhynchus han demostrado. Aunque el fraile escurialense, bibliotecario del monasterio, desconociera evidentemente la existencia de estos vestigios, su intuición acerca de que el pugillar podía transformarse en un diminuto “breviario o capitulario”, donde tener “las lecciones y cosas de la Santa Escritura que se leían más frecuentemente en sus sinagogas”, merece ser tenida muy cuenta. Más adelante veremos por qué. Digamos ahora únicamente que la disparidad en la interpretación del término pugillar no es una cuestión menor, pues esta cuestión clave para comprender el origen del códice. ¿Qué eran estos minúsculos artefactos: rollos miniatura, pizarras, tablillas enceradas o libros en miniatura de origen hebreo?

Las siguientes fuentes a tener en cuenta son las artísticas. Hay una gran variedad y número de frescos, esculturas, cerámicas, grafitis, mosaicos y bajorrelieves que nos muestran cómo eran (o como eran representados) los soportes, los instrumentos, los formatos e incluso los pigmentos de la escritura en Grecia y Roma. Son bien conocidos los pequeños frescos, procedentes de Pompeya y Herculano, donde con indudable acierto se contraponen tablillas enceradas y rollos de papiro, simbolizando las dos formas de escritura de entonces, una provisional otra definitiva. Pero para la cuestión que nos ocupa tienen mayor interés aquellos bajorrelieves y frescos datados en los primeros siglos de nuestra Era que evidencian el tránsito entre el rollo y el códice. Nos limitaremos a reproducir sólo algunos ejemplos, todos ellos del arte paleocristiano, y que de manera sistemática evidencian la convivencia (y no un conflicto) entre ambos formatos. El hecho de que san Pablo sea representado con una *capsa* a sus pies y con un rollo en las manos (**fig. 3**), o de que al propio Jesús se le vea como a un filósofo antiguo, con otra *capsa* a su lado, pero sosteniendo un códice (**fig. 4**), constituyen unas construcciones iconográficas que evidencian la inexistencia de un rechazo religioso de los primeros cristianos hacia los *volumina*, como símbolos ya del paganismo, ya del judaísmo (Grafton y Williams, 2006., Hurtado, 2006, y Johannot, 1994). Es más, en los bajorrelieves que decoran el magnífico baptisterio de Ravena (s. V. d.C.), los cuatro evangelistas son mostrados portando alternativamente o un rollo o un códice, dando a entender que en los primitivos orígenes de la Iglesia los evangelios se escribieron sobre ambos formatos (**fig. 5**). San Juan Evangelista, acompañado de un rollo, conservará esta iconografía bizantina al menos hasta el siglo XVII. En nuestra opinión, defender por tanto que el triunfo del cristianismo condujo a la extinción del rollo resulta equivocado.



Fig. 3



Fig. 4

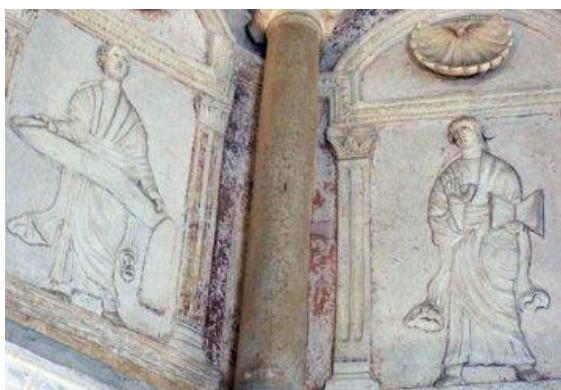


Fig. 5

Del conjunto de imágenes artísticas que han llegado hasta nosotros hemos querido destacar una, que proviene del *Vergilius Romanus* (Vat. lat. 3867), un códice copiado en el siglo VI d.C., y que en una de las imágenes iluminadas conservadas se retrata a Virgilio, el gran poeta romano, sentado en su estudio y con una *capsa* a un lado y un atril al otro. La caja, aunque cerrada, se supone repleta de rollos, pero el atril es un mueble relacionado directamente con la copia de códices. La ambivalencia de la escena se complica cuando se percibe que el iluminador dispuso en manos del poeta un pequeño libro cuadrangular, que casi pasa desapercibido al observador actual (fig. 6). ¿Es una tablilla encerada, donde el autor escribía los borradores para su *Eneida* o sus *Eglogas*, o es un *liber quadratus*? Al estar cerrado (circunstancia inusual en el arte de esta época cuando se reproduce un códice, que aparece siempre abierto), y aparentar que las tapas del artefacto son de madera, deberíamos inclinarnos hacia la primera opción. Si esta fue la intención del artista, no podemos afirmarlo.



Fig. 6

Las fuentes literarias y artísticas pueden ser afortunadamente complementadas y ampliadas gracias a otras, que nos ofrecen información material gracias a la arqueología y a la antropología. Estas fuentes se refieren específicamente (como ya hemos indicado) a dos tipos de libros, los primitivos coptos y los etíopes. Unos, se han conservado gracias al clima desértico, los otros han pervivido como auténticos fósiles culturales hasta el siglo XIX. Con respecto a la primera fuente, la arqueológica, a lo largo del siglo XX se han producido hallazgos claves para comprender el nacimiento del *codex*. Puesto que en Europa sólo han aparecido rollos en la Casa de los papiros de Herculano, los principales hallazgos de restos de la transición hacia el código se han localizado en Egipto y en Israel. Las excavaciones del vertedero de la ciudad de Oxyrhynchus han proporcionado fragmentos de centenares de rollos y códigos escritos sobre papiro, y el hallazgo de los manuscritos del Mar Muerto, en las cuevas de Qumran y del llamado “*Bar Kokhba's papyrus*”, en Israel, ha completado nuestra perspectiva de la cultura escrita en el Imperio romano. De manera paralela se produjeron otros hallazgos claves en relación con los más primitivos ejemplos del libro copto. En 1910 se descubrieron en el antiguo emplazamiento del monasterio Copto de Hamouli (Alto Egipto) 46 códigos de pergamino, papiro y papel, y en 1945 Jean Doresse y Togo Mina encontraron enterrados cerca de Nag Hammadi varios códigos gnósticos con sus encuadernaciones originales de cuero.

Cronológicamente debemos empezar con las excavaciones realizadas en el vertedero de la ciudad egipcia de Oxyrhynchus. En resumen, los papiros aquí hallados han desvelado un rico material sobre la cultura escrita entre los siglos II y III d.C. Se trata de fragmentos de papiro o pergamino encontrados en los vertederos antiguos. Hay restos de cartas, de rollos y de códigos. Su estado impide distinguir con claridad un formato de otro. Y, por último, en el caso de los textos cristianos sorprende la gran presencia de “códices de bolsillo” o miniatura. La mayor parte de ellos sirvieron como amuletos para proteger a sus poseedores contra diversos daños, con oraciones como el *Pater noster* o extractos más largos de textos sagrados. También han aparecido restos de rollos en miniatura, así como materiales escolares de consulta, como diccionarios de personajes de la *Iliada*. Francisca Pordomingo nos ha proporcionado un estudio en español (Pordomingo Pardo, 2004: 311-336) de estos verdaderos *codicilli*. La autora destaca, en primer lugar, que resulta sorprendente el número tan alto de códigos miniatura aparecidos en el vertedero de esta ciudad egipcia, pues no fue hacia el siglo V cuando el código se impuso en el oriente del Imperio. Parece evidente que esto estaba en relación con unos usos textuales

concretos, y de carácter muy determinado (Pordomingo Pardo 2004: 313). No en vano, el *códex* era entendido primordialmente por entonces como un libro personal, portable, que podía llevarse a la escuela, al taller, al mercado o, incluso, de viaje. Ésta última utilidad es la que Marcial destaca en su epístola ya citada. Como ejemplo de estos códices miniatura mostramos estas hojas de un códice que contuvo el *Epístola de Judas* (o al menos una parte de ella) en un formato inusualmente pequeño (**fig. 7**). Otras colecciones papirológicas conservadas en bibliotecas y museos europeos, y reunidas antes de las excavaciones de Oxyrhynchus, adolecen de los mismos problemas, pero de su estudio pueden tomarse detalles que, en relación con otros, pueden proporcionar una visión más completa de acerca de los interrogantes planteados.

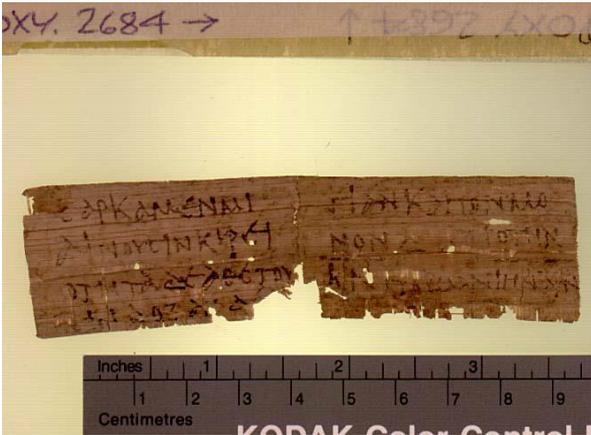


Fig. 7

No menos útiles para esta tarea de definición de las características de los primeros códices son otros materiales arqueológicos que, al menos en principio, nada tienen que ver con los códices. Nos referimos a las tablillas enceradas o no, como las recuperadas afortunadamente en las excavaciones del campamento romano de Vindolanda, o a los rollos, ya sean los descubiertos en Herculano en el siglo XVIII, ya sean los hallados en Qumran durante la segunda mitad del siglo pasado. Y ello porque muchas características de los códices no pueden entenderse si no es en relación (o incluso en contraposición) con otras formas de escritura o con el formato “rival”, al que finalmente sustituyeron. En nuestra opinión, es muy probable que cuando los fabricantes de códices vieron la posibilidad de competir con los de rollos, trataron de imitar algunos de sus aspectos más relevantes. De igual modo actuaron Gutenberg y los impresores del siglo XV: los incunables son en muchos aspectos estéticos y formales una imitación de los códices. Creemos que una actitud parecida ocurrió en los primeros siglos de nuestra Era. A este repertorio de materiales arqueológicos debe unirse el *Bar Kokhba's papyrus* (c. 73 d.C.). Esta colección de cartas no puede considerarse como un *codex*, pero su inusual formato puede ayudarnos a comprender cómo se produjo el tránsito entre el rollo y el códice, especialmente en una cuestión básica: la invención del pliegado. Volveremos más adelante sobre esta cuestión.

El otro grupo de fuentes arqueológicas a tener en cuenta se refiere a las denominadas encuadernaciones coptas. Como es sabido, los hallazgos clave en este ámbito han sido, en 1910, el descubrimiento en el antiguo emplazamiento del monasterio copto de Hamouli (Alto Egipto) de 46 códices de pergamino, papiro y papel; y en 1945, el hallazgo protagonizado por Jean Doresse y Togo Mina, quienes encontraron enterrados cerca de Nag Hammadi varios códices gnósticos con sus encuadernaciones originales de cuero. Su localización ha permitido conocer lo que era una biblioteca monástica, y sobre todo, esbozar el comienzo de una disciplina conocida

como la arqueología de la encuadernación. Sin embargo, el buen estado y la importante cantidad de estos códices no han permitido aportar avances importantes en nuestro conocimiento del tránsito entre el rollo y el código. La razón estriba en que se trata de piezas, magníficas y completas, sin duda, pero que representan el final del proceso, especialmente los códices de Hamouli, datados entre los siglos VI y VII, antes de la invasión árabe de Egipto. En consecuencia, no está resultando fácil establecer cuáles fueron sus vínculos con los códices miniatura y amuleto hallados en Oxyrhynchus. Nos falta, y retornamos al símil paleontológico, piezas en el rompecabezas evolutivo del “*Codex Rex*”.

A la espera de nuevos descubrimientos arqueológicos, una fuente que puede proporcionar información para rellenar estas lagunas evolutivas es la antropológica. ¿Es posible que existan lugares donde todavía pervivan las formas más antiguas de elaboración de los códices? La respuesta, afortunadamente, es afirmativa: Etiopía. La mítica Tierra del Preste Juan permaneció aislada del resto de la cristiandad tras la invasión árabe de Egipto en 641. El país de los etíopes había sido evangelizado dos siglos atrás, y hasta la llegada de los primeros navegantes portugueses a principios del siglo XVI, permaneció en un estado de aislamiento muy notable, rodeado por vecinos islámicos o animistas. En este espacio se produjo una interesante fosilización de su cultura escrita. Entre los siglos V y VII se aprendieron las técnicas de copia y de encuadernación existentes por entonces en Egipto, de donde procedieron los primeros evangelizadores. La iglesia etíope ha dependido institucionalmente durante siglos de la autoridad del patriarca copto de Alejandría. Sin embargo, el aislamiento favoreció la continuidad de unos formatos que, a la luz de lo arriba expuesto, adquieren toda su significación como fósiles culturales. De este modo, en Etiopía a mediados del siglo XX todavía se producían rollos copiados sobre pergamino (*kitabe*), guardados en fundas de cuero herméticas, y que tenían un valor mágico; códices miniatura, al estilo de los hallados en Oxyrhynchus, códices en formato acordeón (anomalía de gran interés para la cuestión que nos ocupa) y copias de la *Biblia*, en idioma ghez, elaboradas siguiendo las mismas técnicas de picado, pautado, encuadratura y rúbrica que se utilizaron en los monasterios europeos altomedievales. La presencia de formatos y de técnicas de elaboración de libros tan arcaica no parece ser el producto de la aportación de diferentes influencias culturales posteriores al siglo VI (islámicas o animistas), sino que reflejan la transmisión de una cultura libraria heredada de la primitiva evangelización cristiana. En este contexto, los libros etíopes pueden ser fundamentales para aclarar cómo se produjo en el Imperio romano la transición entre el rollo y el código.

Las tres claves para comprender el triunfo del codex: portabilidad, capacidad de almacenamiento y lectura

De acuerdo con los planteamientos previos y las fuentes arriba enumeradas, ¿cómo se produjo el tránsito entre el rollo y el código? Nuestra hipótesis es que este revolucionario cambio de formato se produjo de manera muy progresiva, entre los siglos I a.C. y III d.C. A partir del siglo IV el *codex* estaba ya ampliamente extendido en la parte occidental del Imperio romano, y en el siglo V desplazó finalmente al *killindros* en la parte oriental. En esta evolución se perciben, en nuestra opinión, tres etapas, determinadas por las diferentes necesidades que impulsaron el auge del nuevo formato. En una primera, la principal preocupación radicó en solucionar los problemas de portabilidad que representaban los *volumina*, incluso aquellos que eran piezas en miniatura. En una segunda etapa (siglos III y V), el objetivo estuvo determinado por el deseo de aumentar la capacidad de almacenamiento de contenidos de los libros. Y en la tercera etapa, ya de consolidación, se buscó mejorar las innegables ventajas que el nuevo formato tenía para la lectura. Fue entonces cuando se establecieron sistemas de copia y de encuadernación que perdurarían a lo largo de toda la Edad Media (siglos VI y VII). Esta etapa escaparía ya al objeto de esta aportación, pero fue durante estos siglos cuando se produjo, dentro de los *scriptoria* de las nuevas bibliotecas monacales, la copia de las viejas obras, conservadas en rollos hasta entonces, al nuevo formato del código. La conversión del viejo material bibliográfico al nuevo no fue una

tarea fácil ni completa, como tampoco ahora lo está siendo la conversión de los libros industriales a formato digital.

Con respecto a la primera etapa, dominada por lograr una mejor portabilidad de los libros (siglos I a.C.-II d. C), todas las referencias literarias que aparecen sobre los códices en torno al siglo I aparecen vinculadas a dos términos: *libelli* y *codicilli*. Se trata de dos diminutivos latinos que indican dos conceptos distintos, pero que acabaron aunándose, como su aplicación conjunta por Suetonio, para referirse a los *Comentarios* de Julio César explícita. ¿Cuál fue, por tanto, el papel real de los *libelli*? En nuestra opinión, el uso de este término no implica evidencia alguna de que se trate de “protocódices”. El *libellum* era únicamente un texto de pequeña extensión, al menos en comparación con otro tipo de obras o tratados. Cátulo expresa muy bien esta diferencia en la dedicatoria de sus poemas.

*Cui dono lepidum novum libellum
arido modo pumice expolitum?
Corneli, tibi: namque tu solebas
meas esse aliquid putare nugas
iam tum, cum ausus es unus Italorum
omne aevum tribus explicare chartis,
doctis, Iuppiter, et laboriosis.
quare habe tibi quidquid hoc libelli,
qualecumque; quod patrona virgo,
plus uno maneat perenne saeclo.*

Cátulo no enviaba a su amigo un códice, su *libellum* no era sino una obrilla, u “obrecilla”, que dirían nuestros autores del Siglo de Oro con forzada humildad. Era Cornelio, en cambio, quien sí publicaba grandes obras en tres *chartis* o tomos. Sabemos que los *libelli* solían copiarse en rollos, y que eran a veces auténticas miniaturas. Incluso muchos de los conservados tienen características propias de obras de lujo (Pordomingo Pardo, 2004). Sin embargo, tenían el mismo problema de portabilidad que sus hermanos mayores. Es verdad que no ocupaban tanto espacio, que no precisaban de grandes *capsae* para su transporte, pero eran igual de frágiles. Si se llevaban de viaje precisaban de alguna caja donde ser guardados, pues metidos entre las ropas o en una bolsa de cuero, acabarían aplastándose. Julio César, muy probablemente, decidió ahorrar este desgaste a sus preciados y periódicos informes al Senado. ¿Cómo? Convirtiendo estos *libelli* (de acuerdo con la extensión) en *codicilli*. Aquí Suetonio está empleando un término distinto. Se refiere no al contenido, sino al formato material. Como es sabido, *codex* deriva en latín de *caudex*, tabla de madera. César (o su secretario) buscó la manera de que los textos llegaran desde las Galias a Roma en perfecto estado. Protegiéndolos entre tablas halló una manera eficaz de conseguir tal propósito. ¿Se inspiró en un modelo egipcio previo, o ya existían piezas de este tipo en Roma? Con seguridad, bastó con que adaptara sus escritos al formato habitual del sistema postal romano, denominado *tabellarium* porque los mensajeros llevaban tablas de madera. O quizás conocía que algunos municipios habían copiado las disposiciones legales locales en un “*codicum*”. Esto enlaza con la hipótesis de caballo acerca de la existencia en el ámbito italiano de códices ligneos arcaicos. Mas, ¿pudo existir otro precedente que ha pasado inadvertido?

Las grandes innovaciones suelen tener humildes orígenes. Por ello creemos que, antes de atribuir a Julio César la invención de los códices, debemos buscar en el siglo I a.C. artefactos que ya cumplían con la misma función que sus *Comentarii* al Senado. En especial debemos fijarnos en la existencia del *pugilar*. Como ya sabemos, dentro del mundo de las *tabellae*, éste constituía el formato más pequeño y, por tanto, el más portable. Estos diminutos polípticos de madera y cera eran utilizados habitualmente como agendas, pero en unas sociedades tan alfabetizadas como las del mediterráneo en los decenios previos al nacimiento de Cristo, cabe creer que el *pugillar* se limitó a este uso? Concebido como un soporte para la escritura provisional más

íntima, ¿Por qué no podía transformarse para ser también el soporte de las lecturas también más íntimas? En uno de estos polípticos sus dueños podían copiar una lista de compras, o un mensaje amoroso, pero asimismo constituía un espacio adecuado para copiar oraciones, conjuros mágicos o poemas breves. Y esta función la podemos encontrar entre las tablas de los legionarios de Vindolanda. Una de ellas contiene, por ejemplo, una oración al dios Neptuno (Bowman, 1975: 237-252, y 1984; Bowman y Thomas, 1983, y 1996: 299-328). En una época en la que estaba tan arraigada la costumbre de portar amuletos, el *pugillar* permitía llevar sobre el cuerpo o en la ropa conjuros y otras fórmulas mágicas de protección. Si se quería dotar a estos textos de un valor perenne, podía bastar con escribirlos con tinta sobre las tablillas de estos artefactos cotidianos, pero si además se buscaba un soporte “digno” al texto del talismán, papiro o pergamino eran soportes más adecuados. Estos amuletos ya existían en formato rollo. Se trataba de diminutas piezas, denominadas filacterias en griego.

Los libros amuletos formaban parte del inmenso arsenal de objetos mágicos o religiosos al que dieron lugar todas las civilizaciones de la antigüedad mediterránea. No nos vamos a extender en esta cuestión, pero destaquemos que (como parece lógico), casi todos estos amuletos tendían a ser portables, para poder otorgar una protección más directa a cada individuo. De entre estos amuletos sí destacaremos la existencia no tanto de aquellos que podían portar una inscripción, o conjuro, sino de los que contenían un texto de mayor extensión, hasta el punto de radicar en él todas las propiedades mágicas del objeto. Estos amuletos, inevitablemente, acabaron teniendo un formato librario, primero como rollos y después como tablillas, y finalmente como códices. Son de especial interés los *tefilim*, o filacterias de los hebreos, o las *tabellae defixionum* de los romanos. *Tefilim* es un término que deriva del griego *phylakterion* («protección, amuleto»), y que se refiere a unas pequeñas envolturas o cajitas de cuero donde se guardan pasajes de las Escrituras en la religión judía. No suelen leerse, y los textos se copian en diminutos rollos de pergamino. El formato más arcaico etíope responde a esta misma funcionalidad y los materiales son muy semejantes. Nos referimos a los *kitab* o rollos mágicos. Como sus “parientes” hebreos, también son filacterias de pergamino que se protegen dentro de estuches cilíndricos de cuero. Es posible que su existencia en Etiopia se deba a la temprana comunicación cultural con la religión judía, pero no debemos olvidar que los primeros apóstoles también portaban tefilines o filacterias, de acuerdo con la costumbre hebrea, y por tanto, la tradición pudo llegar al país con los primeros evangelizadores egipcios. No en vano, el poder mágico de los *kitab* se mantiene después de la muerte de su dueño, y hasta hace unas décadas solían ser enterrados con ellos. Su función era la de servir como “pasaportes” al más allá, como protecciones ante el juicio divino, de igual manera que se hacía con los *Libros de los Muertos* en el antiguo Egipto.

En todo caso, consideramos que hacia el siglo I, el pugillar empezó a ofrecer, con respecto a los tradicionales usos como amuletos de filacterias y de *tefilines*, una importante novedad: si sus tablillas se sustituían por hojas de papiro o pergamino era posible compactar una mayor cantidad de texto y la disposición del políptico facilitaba además su lectura. Un rollo, por pequeño que fuera, era frágil y de lectura difícil. Sin embargo, el *pugillar* estaba concebido (ya desde su forma original en mayor tamaño como tabla encerada) para ser sostenido con una sola mano y pasar sus hojas con la otra, sin necesidad de desenrollarlo. De un vistazo, todo el texto de cada hoja era accesible al lector. La mejora era evidente. A este respecto, recordemos que en el vertedero de Oxyrhynchus han aparecido múltiples fragmentos de diminutos libros utilizados como amuletos, y que estas piezas arqueológicas son las más abundantes. Este dato no puede ser casualidad. La costumbre de portar párrafos de las Sagradas Escrituras a modo de *phylacteria* ya se menciona en san Jerónimo y san Juan Crisóstomo (San Jerónimo, *sobre Mateo* 4:24; San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre Mateo*, 73). Éste último describe la costumbre de que las mujeres y los niños de Antioquía, a fines del siglo IV, llevaran pendientes del cuello códices de un evangelio, a causa de sus poderes protectores. Uno de los amuletos más apreciados fuera una supuesta carta escrita por Jesús al rey Abgar de Edesa (Lane Fox, 2000, p. 219). Muchos de los fragmentos de Oxyrhynchus debieron tener esta misma función. En cierta manera nos recuerdan a las *bullas* romanas. Como es sabido, pocos días después de su nacimiento, cada niño romano recibía la imposición de un amuleto conocido como la *bullula*, una especie de colgante con una cápsula hecha de metales

nobles en el caso de los bebés de las familias pudientes, o metales comunes, incluso cuero, entre las más pobres. Aquel amuleto debía proteger de maldiciones, desgracias y enfermedades, unas propiedades protectoras que, se creía, procedían de la naturaleza intrínseca del colgante o de las sustancias que contenía su cápsula, por ejemplo, almáciga (resina de lentisco). Entre los cristianos la *bullā* fue pronto sustituida por un códice miniatura, que los niños llevaban colgado al cuello. Esta misma costumbre se ha mantenido en Etiopía durante siglos. No sabemos cómo eran los libritos a los que san Juan Crisóstomo se refería, pero no debieron ser muy diferentes a los que han portado durante siglos los niños etíopes. En nuestra colección tenemos uno (datado a fines del siglo XIX o principios del XX). Constituye una pequeña pieza de cuero, en cuya superficie se ha gofrado una arcaica cruz, y que en la parte superior tiene una cánula del mismo cuero, que sirve para insertar la cadena del que se colgaba originalmente. Oculto en su interior se hallan unas hojitas de pergamino, con alguna oración devota. No hay necesidad de que el niño lea su contenido, pues la protección se encuentra ya disponible de manera autónoma en la propia escritura, y el mismo texto queda protegido a su vez en su funda de cuero de los juegos infantiles, o de las inclemencias de la lluvia y del polvo. La simplicidad del producto, sin embargo, incluye ya muchas de las características posteriores de los códices hallados en Hamouli o Nag-Hamadi.

Estos “protocódices” no tardaron en evolucionar. Pronto se hizo evidente que un *pugillar-codex* no podía contener textos demasiado amplios, al menos mientras (como amuleto) siguiera vinculado al ámbito de los libros miniatura. Ahora bien, los libros amuletos estaban demostrando en el siglo I que una de las principales carencias de los *volumina*, su escasa portabilidad, podía ser solventada. Y es que si un *pugillar* de papiro o pergamino aumentaba de tamaño, es decir, si la transformación se efectuaba empleando unas tablas de mayor tamaño, el nuevo artefacto podía albergar obras de mayor extensión y con cierta calidad literaria, como un *libellum*, por ejemplo. Había nacido el *codicillum*, ideado para albergar tanto los *Comentarios* de César como los frutos de otras actividades relacionadas con la lectura y la escritura. Resulta significativo que Suetonio, en su *Vida de Nerón* 52, hable de la consulta de *pugillares* y *libellis*, en los que había podido comprobar que era el joven emperador (y no poetas a sueldo) quien escribía sus versos. Suetonio insiste en diferenciar ambos formatos. Como también denomina *libellis* a los informes de Julio César remitidos desde la Galia, parece que diferencia con claridad entre estos y los *pugillares* y tablillas enceradas:

Venere in manus meas pugillares libellique cum quibusdam notissimis versibus ipsius chirographo scriptis, ut facile appareret non tralatos aut dictante aliquo exceptos, sed plane quasi a cogitante atque generante exaratos; ita multa et deleta et inducta et superscripta inerat. Habuit et pingendi fingendique non mediocre studium. (“Han llegado a mis manos tablillas y libros que contenían algunos conocidísimos versos suyos, escritos de su puño y letra; saltaba a la vista que no habían sido copiados ni tomados al dictado, sino que eran claramente obra de una persona que medita y crea: tantas tachaduras, añadidos y correcciones presentaban. Tuvo además cierto talento para la pintura y la escultura”).

Un *pugillar* clásico, con cera, no podía contener “tachaduras” ni “correcciones”, su soporte era reutilizable. Resulta evidente, por tanto, que Suetonio se refiere a los *libelli*, donde Nerón (54-68) había hecho copiar sus poemas, y que después él mismo había corregido utilizando cálamo y tinta. Recordemos que en la creación literaria romana era preceptivo que los autores intercambiaran borradores de sus obras con los amigos, para depurar errores antes de convocar a todos ellos en una *auditio*, donde se leería el texto corregido para una nueva corrección colectiva. En este proceso intermedio de la creación literaria, un *codicillum* se presentaba como el formato más adecuado, tanto si lo que se deseaba era remitir una copia a un amigo (imitándose así el ejemplo cesáreo de sus *libelli* “viajeros”), como si lo que se pretendía era disponer de una copia personal, para trabajar sobre ella durante un viaje o fuera del despacho. Los poemas de Nerón,

resulta evidente, sólo podían tener la consideración de obrita o *libellum* y, por tanto, se adaptaban perfectamente a este nuevo formato. Es cierto que el concepto de *libellum* tuvo una segunda acepción administrativa: el de petición. Cuando en época del emperador Claudio se reorganizó la burocracia central se crearon cuatro cancillerías u *officia*. La más importante era la *officia ab epistulis*, desde la que se remitían las cartas y documentos oficiales, tanto en griego como en latín, y otra era denominada como la cancelaría a *libellis*, donde se recibía todo lo referente a quejas, peticiones, súplicas, etc. La diferencia entre *epistola* y *libellum* aquí establecida no era sólo administrativa, era también material. Las respuestas imperiales eran copiadas sobre rollos, las peticiones, en cambio, solían llegar sobre tablas de madera. No en vano, gran parte de las tablillas de Vindolanda son precisamente solicitudes de legionarios a sus superiores. Un *libellum* extenso, pues, podía ser un políptico de varias tablas de madera.

La transformación material de los *libelli vel codicilli* en un nuevo producto, denominado más tarde como *liber quadratus*, se debió al desarrollo comercial de éste último producto en Roma, a fines del siglo I. d.C.), ideado para la difusión de textos de pequeña extensión, como hubieran podido ser los poemitas de Nerón, pero del que tenemos un primer testimonio con respecto a los *Epigramas* de Marcial. Y es que había todo un campo comercial sin explotar adecuadamente, el de la literatura menor de entretenimiento y los “libros de viaje”, que los *volumina*, que precisaban de *capsae* para su transporte, cubrían con harta dificultad. Los *libelli* de César o de Nerón, concebidos como informes administrativos y como borradores literarios dieron paso a un nuevo producto comercial. Con el *liber quadratus* se superó el problema de portabilidad representado por el rollo. Este nuevo formato surge en el último cuarto del siglo I. Como tras la muerte de Nerón el imperio se sumió en la guerra civil y en la bancarrota, hubo que esperar un tiempo para que el comercio librario retomara empuje. Este momento no llegó hasta que Vespasiano restauró la unidad y las finanzas imperiales, dejando en el año 79 a su hijo Tito un estado fortalecido. Es poco después cuando Marcial escribe su conocida carta. Recordemos su contenido de nuevo: “Tú, que deseas estar en todas partes con mis opúsculos y tenerlos por compañeros de un largo viaje, cómpralos hechos con membranas oprimidas por pequeñas tablillas. Coloca las grandes obras en los estantes, las mías caben en la mano”. Llama en primer lugar la atención el hecho de que Marcial presente a su interlocutor este formato como una inequívoca novedad. De lo contrario sus explicaciones acerca de su forma y uso habrían sido innecesarias. El poeta no le da nombre alguno al novedoso artefacto librario, pero sí denomina a sus propios *Epigramas* como opúsculos, y nos proporciona una indicación preciosa acerca de su tamaño: “caben en la mano”. La alusión al *pugillar* resulta evidente. La única diferencia es que este nuevo librito no era un políptico de tablas, sino que estaba compuesto de “membranas oprimidas”. Los *pugillaria* amuletos y los *codicilli* de César o Nerón ya estaban fabricados con estos materiales, pero los primeros no eran propiamente libros, sino talismanes, y los segundos habían sido producidos con una función muy particular o exclusiva. La novedad es que a fines del siglo I su uso se generalizara.

Donde Marcial si es especialmente claro es con respecto a la utilidad de estos libros membraceos es sobre su portabilidad: “Tú, que deseas estar en todas partes con mis opúsculos y tenerlos por compañeros de un largo viaje...”. Una utilidad que queda declarada con mayor contundencia cuando a otro de sus lectores, en cambio, le encamina hacia otro librería romana, donde podría comprar sus *Epigramas* en una copia de lujo, miniada en púrpura, y que era un rollo. “Siempre que te encuentras conmigo, Luperco, me dices enseguida: ‘¿Quieres que te envíe un esclavo, para que le entregues tu librito de epigramas, que te lo devolveré inmediatamente una vez que lo haya leído?’. No hay por qué molestar a tu esclavo, Luperco. Si quiere venir hasta El Peral, está lejos y vivo en un tercer piso y los escalones son altos. Puedes encontrar más cerca lo que buscas. Seguramente sueles acercarte al Argileto: frente al foro de César hay una librería cuya puerta está totalmente llena de inscripciones por uno y otro lado, de suerte que puedes leer rápidamente los nombres de todos los poetas. Búscame allí. Y no es necesario que se lo pidas a Atrecto —éste es el nombre que tiene el dueño de la librería—: te dará del primero o segundo estante un Marcial pulido con piedra pómez y adornado con púrpura, por cinco denarios. ¿‘No vale tanto’ dices? Tienes razón, Luperco” (I, 117).

Antes de la aparición de este nuevo formato librario era muy habitual que se vendieran antologías de epigramas copiadas en rollos miniatura. Se conservan precisamente con este formato unos epigramas de Asclepiades (P. Berol. 10571). No cabe duda, además, de que los poemas, como aquellos de Nerón ya citados, constituían un material literario perfectamente adaptado a los libros de formato pequeño, y más los epigramas que, como su propio nombre indica, eran composiciones de escasos versos. Se comprende que los libreros escogieran este tipo de literatura para iniciar la comercialización de los nuevos *libri quadrati*. Pero, si bien toda esta narración de lo acaecido puede resultar verosímil, al estudiar el tránsito del rollo al códice debe hacerse especial hincapié en resolver una cuestión primordial. Averiguar cuáles fueron los fundamentos técnicos y materiales del nuevo formato. Recordemos que un códice no es un conjunto de hojas cosidas entre sí. Esto puede ser, por ejemplo, un libro *pothi* oriental. Muy al contrario, un códice se caracteriza por una forma de elaboración específica, basada en un plegado, que genera cuadernillos, luego cosidos entre sí y que, para poder ser abiertos para la lectura, deben ser guillotizados, en especial si el tipo de plegado adoptado no es el mero encartado. Esta disposición interna era totalmente desconocida en la época, y supuso una revolución técnica notable, ya que hasta entonces el enrollado había sido el único método empleado. Sin embargo, se desconoce cómo pudo ser la disposición de los primeros códices, como los que se utilizaron para difundir los epigramas de Marcial o los hechos de la conquista de Macedonia. Las fuentes literarias nada dicen al respecto, y los restos arqueológicos de Oxyrhynchus son demasiado fragmentarios para ofrecer pistas al respecto. Se desconoce, por tanto, cómo se plegaban los cuadernillos de los primeros *pugillaria*, *codicilli* y *libri quadrati*. En nuestra opinión, sin embargo, es muy posible que aquellos primitivos códices tuvieran un formato en acordeón. El plegado en acordeón es una solución sencilla para obtener un “*liber quadratus*” de bolsillo. Varias pruebas avalan nuestra hipótesis. En primer lugar, la comparación cultural que nos permite China. Allí, de manera autónoma al caso romano, entre los siglos X y XIII, los rollos de papel fueron modificando su aspecto hasta ser sustituidos por libros en acordeón. Este paso intermedio se basó en el plegado de los tradicionales rollos budistas chinos (el libro *pothi* budista quedó relegado al Tíbet y a Mongolia), formando unas “*concertina binding*” en inglés, que en su denominación original china significaba “sutra plegada”. Más tarde, y tras una serie de interesantes ensayos previos, como la producción de curiosos libros mariposa, se llegó al formato del *baobei zhuang*, muy semejante en su aspecto externo, aunque no tanto en el interno, al *codex* mediterráneo. Bajo la premisa de que en la historia universal, a iguales problemas, semejantes soluciones, los romanos deberían haber llegado a la misma conclusión sobre el plegado que se adoptó en la lejana china para convertir los rollos, también, en un artefacto más portable.

La lógica del análisis material nos lleva a igual conclusión. Existiendo ya un modelo muy parecido, el de los polípticos de tablas, llegar a reproducir el mismo formato con hojas de papiro o pergamino no parece tan difícil. Hubiera bastado con no encolar los pliegos, y coserlos una a uno, o como simples bifolios, dentro de unas tablas de madera. Pero como tan sencilla solución no perduró, sino que se escogió el difícil camino del plegado, hemos de buscar otra línea de trabajo al respecto. En realidad, la manera más sencilla de convertir un rollo en un objeto fácil de transportar en doblarlo por la mitad. Esta práctica no debió ser rara en la época, aunque como consecuencia tuviera el deterioro del propio rollo sometido a dicho trato. Podía ser una medida ante una emergencia. Ahora bien, cuando el *codicillum* apareció hubo que adoptar una técnica de plegado menos agresiva. Debemos partir de los rollos miniatura como la base del códice miniatura. Estos rollos solían estar compuestos de tiras o filacterías de papiro, con un ancho de unos 10 cm. El texto se copiaba en una sola columna y se podía leer verticalmente. Los *kitabe* etíopes todavía conservan estas medidas y estructura. La manera más obvia para plegarlos, teniendo en cuenta la dirección tradicional de la lectura, es el acordeón. Doblando de manera proporcional la tira de rollo en cuadrados, estos pueden después coserse a unas tapas de madera. Dos ejemplos de la época parecen avalar esta hipótesis. El hallazgo de los papiros de Bar Kokhba, una colección de cartas cuidadosamente empaquetadas y escondidas en una grieta de

una cueva israelí (**fig. 8**), parece indicar que esta hipótesis es factible, pues la disposición de su texto en arameo es más sencilla en un formato de acordeón que no de rollo o de códice (Yadin, 1971). Su plegado, aparentemente forzado por las circunstancias de una huida y ocultación precipitada, no sería tal. Y si tenemos en cuenta que cartas semejantes, redactadas sobre tablillas enceradas y de madera en Vindolanda, revelan también este formato en acordeón (Bowman y Thomas, 1983: 35-45) (**fig. 9**), el antecedente de un plegado de este tipo para los códices más antiguos se desvela con claridad.



Fig. 8

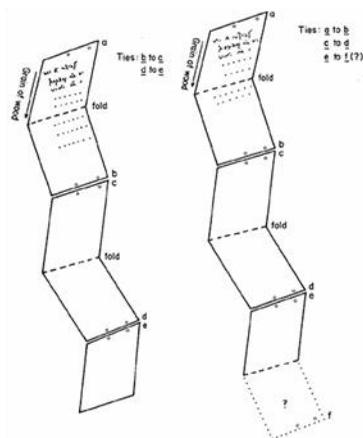


Fig. 9

Como las fuentes arqueológicas en este sentido son significativas, pero escasas, pudieran plantearse algunas dudas acerca de si estos modelos epistolares pudieron ejercer influencia, pero esta reticencia parece diluirse cuando se comprueba (una vez más) que en Etiopía también se han fabricado libros en acordeón. Copiados sobre pergamino, se trata de una variante de los *kitabe*, pues también, al menos los más pequeños, se utilizan como amuletos. El de la imagen (**fig. 10**), y que es de nuestra propiedad, está formado por tres filacterias de pergamino, cosidas entre sí. Plegado en acordeón, una vez cerrado forma un cuadrado de no más de 5 cm por cada uno de sus lados, que curiosamente puede sostenerse en la mano como si fuera uno de aquellos diminutos pugilares romanos. Carece de tapas de madera, innecesarias en este caso, o perdidas, pero se cierra con una basta tira de cuero. Un elemento que probablemente tenga más significación de lo que parece. Una vez extendido, este rollo etíope en acordeón presenta el aspecto que puede observarse en la imagen siguiente (**fig. 11**). Resulta evidente que el copista, como arriba planteábamos, se ha limitado a copiar un rollo de pequeño tamaño en varias tiras, cosiendo y plegando después el librito resultante. De esta manera, un cilindro pasa a ser una sucesión de cuadrados.



Fig. 10

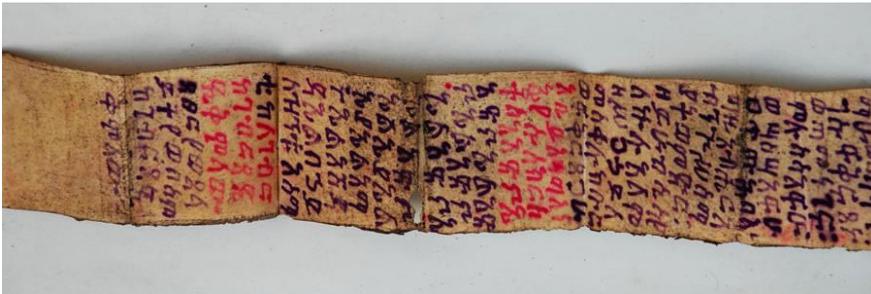


Fig. 11

Este formato etíope de acordeón presenta en otros ejemplares características más complejas en lo que se refiere a su encuadernación. Los hay que se elaboraron para estar plegados dentro de un estuche de cuero, y con la tripa del librito firmemente sujeta con otro cordel de cuero, o con los extremos pegados a tapas de madera. De ambos también ofrecemos ejemplos (**figs. 12 y 13**). Si nos fijamos con mayor cuidado en el segundo, el que tiene tapas de madera, podemos convenir que recuerda de manera muy notable al librito de sus epigramas que Marcial describe en su carta. El tamaño de este segundo libro etíope en acordeón es de solo 7 cm, cerrado, y extendido alcanza los 107 cm. Tiene cien páginas, y contiene unas lecturas bíblicas de viaje, en lengua Ge'ez. Tamaño, materiales y función lectora coinciden de tal manera, que podemos casi afirmar que nos encontramos ante un *liber quadratus*. Vista además la tendencia del pergamino a estirarse, debido a su capacidad natural absorción de humedad, se comprende que Marcial dijera que sus epigramas estaban copiados sobre membrana “oprimida” entre tablas de madera.



Fig. 12



Fig. 13

Saldremos por un momento de Etiopía, y, aunque no lo parezca, retornaremos dos mil años atrás para indagar sobre los ancestros de estos libros. Creemos que a finales del siglo I, los *libri quadrati* adquirieron cada vez mayor presencia en la sociedad romana de la época, precisamente gracias a su funcionalidad como libros de viaje. No se arrugaban, eran resistentes y su lectura era fácil. Comprobado el éxito obtenido, sus contenidos no limitarse a colecciones poéticas. Las novelas satíricas y de aventuras eran también apropiadas como lectura de viaje, por lo que cabe preguntarse si el auge del *libri quadrati* no estuvo determinado también por el éxito de la novelística romana durante el siglo I. El primigenio librito amuleto no desapareció, pero sus sucesores fueron creciendo para poder almacenar textos más amplios. No olvidemos que el resto de un códice más antiguo que se conserva, datado hacia el año 100 d.C., pertenece a un libro de historia, *De bellis Macedonis*. Mercaderes y oficiales de las legiones debieron ser los principales clientes de este tipo de obras literarias e históricas, pero pronto se unió un nuevo grupo social y religioso: los cristianos. En *Hechos de los Apóstoles*, VIII 26-38, se narra un episodio acaecido a san Felipe cuando viajaba de Jerusalén a Gaza por el desierto. En el trayecto se topó con un eunuco etíope que viajaba sentado en su carro leyendo al profeta Isaías. El apóstol, cuando le oyó leer al profeta, le preguntó: “¿Entiendes lo que vas leyendo?”. El etíope contestó: “¿Cómo voy a entender si nadie me lo explica?”. Como cabía esperar, tras comentarle la relación de las profecías de Isaías con la llegada del Mesías, el eunuco se bautizó en el mismo camino. Ahora bien, ¿cuál era el formato del libro bíblico que aquel esclavo, estaba leyendo. Sentado en una carreta, el contexto no parece indicar que en sus manos podía tener un *liber quadratus*. Hay otro pasaje bíblico no menos interesante al respecto, y que se encuentra en el *Apocalipsis*, 10: “*Et vidi alium angelum for tem descendentem de caelo amictum nube, et iris super caput, et facies eius erat ut sol, et pedes eius tamquam columnae ignis; et habebat in manu sua libellum apertum. Et posuit pedem suum dexterum supra mare, sinistrum autem super terram, et clamavit voce magna, quemadmodum cum leo rugit*”. ¿Qué tipo de libro sostenía el ángel en su mano, un rollo o un códice? De nuevo nos encontramos con el término *libellum* (librito), la indicación “*in manu sua*”, que puede recordar al concepto de *pugilar*, y por último, si tenemos en cuenta que el libro divino debía ser tragado por san Juan, ¿la deglución del mismo no sería más verosímil si se trataba de un pequeño *liber quadratus*?

El siguiente paso en la evolución de este nuevo formato tuvo que ver con el incremento de la capacidad de almacenamiento. Como libros en acordeón, estos primitivos códices eran tan anopistógrafos como los rollos. Ni los copistas podían escribir por ambos lados, ni los lectores podían voltear las hojas. Este problema no debió parecer tal durante un tiempo, pues hasta entonces siempre se había leído de esta manera. Pero en las tablillas enceradas sí se podía hacer, y el pergamino, a diferencia, del papiro, sí era apto para escribir por ambas caras, aunque una de ellas, la del “pelo”, fuera algo más oscura. Hay un detalle, anecdótico, pero que evidencia esta circunstancia. En el libro acordeón arriba citado, de nuestra colección, hemos podido comprobar que en el verso de varias hojas, de otra mano, y en tinta de otro color, se han añadido algunas

líneas. En época romana también debieron acaecer episodios similares. Se buscó una solución, y de este modo la necesidad de compactar en los nuevos libros mayor información condujo a una mejora de las técnicas de plegado. Ésta ya es conocida. El desarrollo de la técnica copta de encuadernación se produjo entre los siglos III y V. Desde el punto de vista técnico supuso la superación de los límites del rollo, del libro amuleto y del libro acordeón (difícil lectura, texto pequeño, desaprovechamiento del soporte).

Debe recordarse que a lo largo del siglo III se desarrolla una rica literatura cristiana para la que se necesita un nuevo formato, y que en 391 el cristianismo fue reconocido como religión oficial. Sabemos que en Egipto se ensayaron varios sistemas de composición y de encuadernación basados en el procedimiento del plegado. En un primer momento las *scheda* de papiro eran dobladas formando bifolios, cuyo encartado daba lugar a cuadernillos, pero el papiro soporta mal el plegado y el guillotinado. ¿Cómo ligarlo y protegerlo? Al ser códices poco extensos bastaba con un simple hilo de cadeneta, siendo las tapas de papiro emporético. Con la aparición del monacato oriental (c. 350) se desarrolló esta técnica. Al mismo tiempo se crearon las encuadernaciones de cartera y de bolsa, en cuero. Más adelante, la aparición de las *Bibliothecae Sacrae o Christianae* (ss. IV y V), lo que condujo a la utilización de tapas de madera cubiertas con cuero, y a su decoración. Esta evolución se puede seguir a través de los descubrimientos arqueológicos de Hamouli (1910) y Nag Hammadi o Chenoboskion (1945), que nos ofrecen casi un centenar de piezas, en tres tipos: encuadernaciones de cartera, códices monásticos y códices con bolsa. No es ya ocasión para abordar su tipología, pero sí queremos concluir con el famoso *Codex de Mani*. Como es sabido, su fabricante concibió sus cuadernillos para que al abrirse pudieran percibirse como las alas extendidas de una mariposa (Bianchi, 1985: 15-24; Bremmer, 1980: 29-34; y Cameron y Dewey, 1979). Este simil no sólo permite afirmar que la existencia de códices miniatura de tal calidad desmiente que su uso estuviera limitado a las capas más populares de la sociedad, sino que además aporta un dato significativo sobre la definitiva evolución de su disposición interna. Se abrían como las alas de las mariposas se batían en el aire al volar. El vuelo de una mariposa, tras tres milenios desenrollado volúmenes, era la manera más delicado y poética de reflejar los cambios que el nuevo formato implicaba. En China, curiosamente, en el proceso para desarrollar un nuevo formato que sustituyera al rollo, se concibieron los denominados como “libros mariposa”. Una vez más, no debe inferirse de este hecho que hubiera una comunicación cultural entre ambas civilizaciones, sólo que las mariposas, y el placer de contemplar su vuelo, se compartían a ambos lados del hemisferio norte.

Agradecimientos

Este artículo forma parte del Proyecto de Investigación de I+D+i del Ministerio de Ciencia e Innovación titulado “*Estudio, identificación y catalogación automatizada de las encuadernaciones artísticas de la Biblioteca de la Real Academia de la Historia*, con el nº FFI2011-25324, que dirige el profesor Antonio Carpallo Bautista. Asimismo forma parte de las líneas de investigación del *Grupo Bibliopegia*, de la Universidad Complutense de Madrid.

REFERENCIAS

- Bianchi, U. (1985) “The Contribution of the Cologne Mani Codex to the Religio-Historical Study of Manichaeism,” en Papers in Honour of Professor Mary Boyce, *Acta Iranica* 24, pp. 15-24.
- Bowman, Alan K y Thomas, J. D. (1983) *Vindolanda: The Latin Writing-Tablets*, Londres, part 1.2 “Writing on Wood”.
- (1996) “New Writing-Tablets from Vindolanda”, *Britannia* 27, pp. 299-328.
- Bowman, Alan K. (1975). “The Vindolanda Writing-Tablets and the Development of the Roman Book Form”, *ZPE* 18, pp. 237-252.
- (1984). *Life and Letters on the Roman Frontier: Vindolanda and its People*, Londres.
- Bowman, Alan y Thomas, David (1983). *Vindolanda: the Latin writing tablets*. London: Society for the Promotion of Roman Studies, pp. 35-45.
- Bremmer, J. (1980). “Marginalia Manichaica”, *Zeitschrift für Papyrologie und Epigraphik*, 39 pp. 29-34.
- Cameron, R., y Dewey, A.J. (1979). *The Cologne Mani Codex “Concerning the Origin of His Body”*, Text and Translations 15, Early Christian Literature Series 3.
- Capasso, Mario (1995). *Volumen. Aspetti della tipologia del rotolo librario antico*. Nápoles.
- Cavallo, Guglielmo (1998). “Entre el volumen y el codex. La lectura en el mundo romano”, en *Historia de la lectura en el mundo occidental*, Madrid.
- (1973). “La genesi dei rotoli liturgici Beneventani alia luce del fenomeno storico-librario in occidente e oriente”, en *Miscellanea in memoria di G. Cencetti*, pp. 213-229.
- (1985). “La nascita del codice,” *SIFC* ser. 3.111, pp. 118-121.
- (1975). *Libri, Editori e pubblico nel Mondo antico: Guida storica e critica*, Roma.
- Grafton, Anthony y Williams, Megan (2006). *Christianity and the Transformation of the Book: Origen, Eusebius, and the Library of Caesarea*. Cambridge, MA.
- Hurtado, Larry W. (2006). *The Earliest Christian Artifacts: Manuscripts and Christian Origins*. Grand Rapids.
- Johannot, Ivonne (1994). *Livre, rite et symbole*.
- Lane Fox, Robin (2000). “Cultura escrita y poder en el cristianismo de los primeros tiempos”, en Alan K Bowman y Greg Woolf (comp). *Cultura escrita y poder en el Mundo Antiguo*. Barcelona: Gedisa editorial.
- Pordomingo Pardo, Francisca (2004). “Los libros más pequeños de la Antigüedad: el testimonio de los papiros”, en Jesús Bartolomé Gómez, Milagros Quijada Sagredo y María Cruz González Rodríguez, *La escritura y el libro en la antigüedad*, pp. 311-336.
- Sigüenza, José de (1988). *La fundación del Monasterio de El Escorial*. Madrid: Aguilar.
- Van Haelst, Joseph (1989). “Les Origines du Codex”, en Alain Blanchard (ed.), *Les débuts du codex. Actes de la journée organisée à Paris les 3 et 4 juillet 1985 par l’Institut de Papyrologie de la Sorbonne et l’Institut de Recherches et d’Histoire des Textes*, Colección de *Bibliologia*, nº 9. Turnhout, pp. 13-35.
- Yadin, Yigael (1971). *Bar-Kokhba: The Rediscovery of the Legendary Hero of the Second Jewish Revolt Against Rome*. Nueva York: Random House.
- Pollan, Michael (2006). *The Omnivore’s Dilemma: A Natural History of Four Meals*. New York: Penguin.
- Weinstein, Joshua I. (2009). “The Market in Plato’s Republic”, *Classical Philology* 104, 439–58.

SOBRE EL AUTOR

José Luis Gonzalo Sánchez-Molero: Profesor Titular de Universidad en el departamento de Filología Española IV. Ha impartido en las facultades de Ciencias de la Documentación y de Filología (2005-2009) las siguientes asignaturas: Historia de la cultura escrita: evolución material, Fondos Bibliográficos Antiguos, Introducción a la Bibliografía y Géneros literarios y transmisión textual. Estudió Geografía e Historia en esta misma universidad, especializándose en Historia Moderna, y en donde se doctoró en 1997 con una tesis sobre el erasmismo y la educación de Felipe II. Becario postdoctoral en la universidad de Alcalá de Henares, el Consejo Superior de Investigaciones Científicas y la universidad Complutense de Madrid (1998-2006), ha obtenido el Premio de Bibliografía de la Biblioteca Nacional en 1997 y el premio Bartolomé José Gallardo de investigación bibliográfica en 2002. Sus líneas de investigación se han centrado en el estudio de la bibliofilia cortesana en España durante el siglo XVI (con especial atención a la política cultural de Felipe II y a la formación de los fondos de la biblioteca de El Escorial), sin abandonar otras perspectivas de trabajo relacionadas, como son el erasmismo en España, la pedagogía en la Edad Moderna, las obras de Miguel de Cervantes y el libro antiguo en Oriente. Es autor de las siguientes monografías: La «Librería rica» de Felipe II. Estudio histórico y catalogación (San Lorenzo de El Escorial, 1998), El aprendizaje cortesano de Felipe II (1527-1546) (Madrid: 1999), Regia Bibliotheca. El libro en la corte española de Carlos V (Mérida, 2005), El César y los libros. Un viaje a través de las lecturas del emperador desde Gante a Yuste (Cuacos de Yuste, 2008) y La Epístola a Mateo Vázquez: historia de una polémica literaria en torno a Cervantes (Alcalá de Henares, 2010).

